

RELECTURA Y VIVENCIA DE LA REGLA BENEDICTINA HOY EN AMÉRICA LATINA

Guillermo L Arboleda T

Monje de Guatapé

En el VIII EMLA en México hace cuatro años, reflexionábamos sobre nuestra vida monástica de cara al tercer milenio, y percibíamos como reto del Espíritu volver a la fuente inspiradora de nuestro carisma, para poder “acompañar a nuestros contemporáneos en su peregrinación sin rumbo aparente”¹. Con todos los Religiosos y Religiosas, nosotros, Monjas y Monjes de América Latina, hemos acogido la llamada del Señor a ponernos en marcha por los caminos de la Refundación.

Relectura y vivencia de la Regla de San Benito hoy, al comienzo del nuevo milenio, apuntan a esta “vuelta”; por eso los hermanos que han preparado este encuentro nos proponen “echar una mirada principalmente ‘ad intra’ de nuestra vida, teniendo en cuenta la realidad social y eclesial de América Latina en su rápida evolución”. En este empeño está comprometida la fidelidad al Espíritu del Señor que suscitó el carisma monástico para la vida de la Iglesia. La historia muestra que cada vez que los monjes han dejado de cuestionarse sobre lo que son y hacen, han sufrido una rápida decadencia, y de ahí las necesarias y periódicas reformas a lo largo de los siglos².

Ante este reto vale escuchar con atención la palabra del Papa Juan Pablo II a toda la Iglesia en la Carta Apostólica “Novo Milenio Ineunte”. Hablando del “renovado impulso de la vida cristiana” que surge de la certeza de la presencia del Resucitado, celebrada con ardor en el gran Jubileo, insiste el Papa en que no se trata de inventar un nuevo programa. “El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la tradición viva. Se centra en definitiva en Cristo mismo”³. En nuestro caso, tampoco se trata para la vida monástica de inventar algo nuevo. El lema de este encuentro es precisamente el programa de siempre de los discípulos de Jesús, propuesto con claridad por san Benito al comienzo de la Regla: “per ducatum Evangelii pergamus itinera eius”. “Guiados por el Evangelio sigamos sus caminos”⁴. No se trata pues de inventar programa, se trata de “volver”, o, si se quiere, de “remar mar adentro”, para

¹ Arnold, Simón P. “La vida monástica de cara al tercer milenio” Cuadernos Monásticos 128(1999): p 12

² L.J.B. “Presentación”. Lettre de Ligugé 300(2002):p1

³ NMI, 29

⁴ RB, Pr 21

acoger la bella expresión evangélica tomada por el Papa, y que se ha convertido en consigna emblemática que anima el renovado impulso de la vida Cristiana en estos comienzos del nuevo milenio:

“¡Duc in altum! Estas palabras resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente, y a abrirnos con confianza al futuro. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Heb 13,8)”⁵.

¿Qué me propongo aportarles en este rato?

Si decimos relectura y vivencia de la RB en América Latina al comienzo del nuevo milenio, estamos hablando de un trabajo hermenéutico y de actualización histórico-vivencial, de interpretación y verificación praxica de un texto con toda la tradición que porta, y en un contexto bien determinado. De hecho este es ejercicio reflexivo constante en la mayoría de nuestras comunidades monásticas. A la lectura diaria de la Santa Regla sigue, muy normalmente, el comentario del Abad/Abadesa (o de otro hermano/a), en el que se conjugan elementos de exégesis del texto, profundización de su sentido, actualización en un contexto y momento específicos. Ningún espacio mejor que este del EMLA para ver cómo se hace hoy en América Latina la relectura y cómo se da la vivencia de la RB. Es lo que haremos en nuestro compartir de hoy y a lo largo de estos días. Hasta aquí podría llegar mi charla, no haría falta decir más pues la palabra la tenemos todos. Esta acotación sirve para justificar la opción metodológica que hago a continuación.

La reflexión hermenéutica actual trata de conjugar equilibradamente dos opciones que muy a menudo se han presentado opuestas y excluyentes: la hermenéutica del autor y la hermenéutica del texto. Esta oposición presentada así esquemáticamente caracteriza el último giro hermenéutico⁶.

Con lo anterior estamos diciendo, entre otras cosas, lo siguiente:

Según la teoría de la hermenéutica del autor, aquello que no pasa por la conciencia refleja de éste no es sentido del texto; y se anula así todo lo que viene del deseo, de la fantasía, del subconsciente del autor y que está presente en su obra. El trabajo hermenéutico hoy sí tiene en cuenta estos otros aspectos, además del carácter simbólico que muy a menudo adquiere el texto en el tiempo, pues éste camina más lejos que

⁵ NMI,1

⁶ Schökel, L. Alonso y José María Bravo. Apuntes de Hermenéutica. Trotta, Madrid, 1997. P27

el autor y no puede quedar anclado en un momento histórico. En el trabajo de interpretación hoy se busca atender al sistema de relaciones significativas entre autor, texto y lector, visto cada uno en su correspondiente contexto vital.

Mirando desde el lector, hay que decir que es imposible observar sin ser parte del proceso. No se puede “mirar desde ningún sitio”, para poder ver es necesaria la angulación⁷.

En nuestra aproximación cotidiana al texto de la RB contamos hoy con magníficas ayudas, fruto del trabajo concienzudo de los especialistas. La identificación de las fuentes, la amplia comprensión del texto; la lectura y reflexión de la RB a lo largo de los siglos, con la actualización de la misma en los distintos momentos, etc., todo ello está cada vez más a nuestro alcance. ¿Qué sentido tiene pues en este encuentro Latinoamericano hablar de relectura, sabiendo que es un trabajo cotidiano en los monasterios? Como ya lo he dicho, bastaría compartir algo de lo que hacemos en cada casa, para tener una visión panorámica de esa relectura y vivencia de la RB hoy en América Latina.

Teniendo en cuenta los elementos de la terna mencionada atrás, en este espacio amplio de Asamblea de Monjes y Monjas de América Latina, tiene sentido, sobre todo, preguntarse por el tercer sujeto: el lector. Y ya se ha dicho que nadie puede “mirar (leer) desde ningún sitio”.

Aporto, pues, unas líneas de reflexión que nos permitan tomar conciencia del ángulo de observación, esto es: ¿Quiénes leemos hoy la RB, y desde dónde la leemos? Y de esta forma podremos constatar juntos cómo cobran brillo especial muchos de los trazos fundamentales de nuestra Regla leída hoy por los monjes y monjas de A.L.

⁷ Ibid., pp 27-33

Un clamor desgarrador

Nuestra novelista Colombiana Laura Restrepo escribió hace poco un libro que tituló “La multitud errante”, una aproximación al mundo de los desplazados por la violencia y los conflictos políticos desde hace cincuenta años en Colombia. El título ha sido tan bien acuñado que trasciende el espacio de la realidad Colombiana, y, por su carga simbólica, retrata con rigor emblemático no sólo la realidad latinoamericana sino, me atrevo a decir, la de todo el sur del globo. “La multitud errante”, este es el “cartel” que nos hermana.

Asistimos hoy a un fenómeno migratorio especialmente significativo, con precedentes cercanos y remotos en la historia, pero con características muy originales, las que determina el proceso de globalización. Los del sur “pujamos” por entrar al norte, y los del norte se resisten a acogernos. No son éstos términos precisos y de análisis técnico; sólo pretendo una mirada a la realidad, sintiéndola más que analizándola.

Ya no es meramente el “sueño del norte” (para no exclusivizar el “sueño americano”) lo que nos hechiza y atrae; no, es la pesadilla del sur la que nos empuja y nos hace huir. Y ante las hordas de sueños desesperados que se las ingenian, no digamos para entrar sino para meterse, para invadir, se cierran fronteras, se fortalecen tratados internacionales para defenderse en bloque, se despierta violenta y agresiva la xenofobia. Las embajadas de los países ricos en nuestras ciudades son cada vez más fortines inaccesibles. Interminables filas y largas esperas en búsqueda de un visado al norte. Y la concurrencia masiva se da al ritmo que marcan el movimiento económico interno o la agudización de los conflictos sociales y bélicos.

El movimiento migratorio que señalo no se da sólo a ese nivel amplio que determina el cruce de los meridianos que separan el norte del sur; no; incluso se puede agregar que esa es posibilidad de minorías privilegiadas por los recursos económicos o por la buena suerte en la aventura.

Ese movimiento migratorio tiene otro nombre en nuestros países flagelados por la injusticia y la corrupción, por la miseria y las luchas intestinas; se llama desplazamiento. Acosados por el hambre y la falta de posibilidades, empujados por la violencia y la ausencia de protección del estado, son cientos de miles los hombres y mujeres que a diario dejan sus lugares de origen, los espacios familiares, buscando las mínimas seguridades que les permitan unas condiciones de vida más dignas y humanas. Y esta es la pesadilla, porque todos esos desarraigados engrosan “la multitud errante”, siempre creciente, siempre en movimiento, objeto de beneficencia en momentos de especial sensibilidad social, pero siempre abandonada a su suerte. Extranjeros en su propia patria, excluidos por un sistema injusto y criminal, esas mayorías cada vez más empobrecidas viven ya como condición permanente el desarraigo, la humillante deambulancia de los que no tienen sitio propio y en ninguno son bien recibidos.

De todas maneras seguimos escuchando el pregón triunfalista de los defensores de la globalización, que nos la presentan como “evangelio”, como buena noticia cargada de elementos esperanzadores: la aldea global que nos cobijará a todos, con un centro de poder generador de bondad. En contra de su “esencia ideal”, los que han aumentado no son los incluidos sino los excluidos. Es una ilusión falaz el anuncio de la unidad planetaria, los hechos demuestran todo lo contrario, la humanidad nunca estuvo tan fragmentada como hoy. “La globalización, pese a su apariencia, es en realidad un proceso de exclusión”⁸

Las nuevas y asombrosas posibilidades de comunicación, con el acceso rápido a la información y el intercambio inmediato de la misma, no significan tampoco la consolidación de unas relaciones intersubjetivas y humanizadoras, ni mucho menos de una solidaridad mundial efectiva⁹. Al contrario, lo que constatamos a este nivel, muy frecuentemente, es otra forma de deambulancia, que puede adjetivarse como “evasiva”: la navegación sin timón por la virtualidad del “ciber-espacio”. Los próximos, los prójimos reales y cercanos, son reemplazados por los amigos virtuales. Desarraigados reales que deambulan en lo virtual y que, al fin y al cabo, se suman también al vagar sin rumbo de “la multitud errante”.

Desarraigo, deambulancia, extranjería, son pues tonos dominantes del cuadro de humanidad de este momento de la historia, en el que la figura del hombre es borrosa, apenas perceptible, porque ha llegado a ser desechable, prescindible.

Así las cosas, el día a día se vive bajo la opresión de “la inseguridad de la posición, los derechos y la subsistencia”, a tal grado que esta incertidumbre del puesto del hombre en la sociedad conduce fatalmente a “la erosión de la confianza”¹⁰.

Desarraigo, deambulancia, extranjería, hablan de un desmoronamiento catastrófico de la identidad de los pueblos y minorías. “La lógica misma de la globalización, con la economía como fuerza motriz, exige una homogeneización de la cultura, de la producción y el consumo, de la vida... Las culturas diversas de pueblos y naciones se están convirtiendo cada vez más en piezas de museo”¹¹; este proceso explica el renacimiento y reafirmación de esas mismas identidades culturales, y el auge actual de nacionalismos

⁸ Sobrino, J. “Redención de la globalización. Las víctimas”. Concilium 293(Nov 2001):801-811. cfr. Sobrino, J y Félix Wilfred. Editorial. Concilium 293 (Nov 2001): 684.

⁹ Ibid., p 683

¹⁰ Bauman, Zigmunt. “La fe en una sociedad de gratificación instantánea. Europa y Norteamérica”. Concilium 282 (Sept 1999): pp565ss

¹¹ Sobrino, J y F. Wilfred, Op.cit., p 685

rabiosos como movimiento autoprotector, dando como resultado un mundo donde la fragmentación y los conflictos aumentan¹².

La seducción de lo sagrado y lo divino que renace también con intensa fuerza, sin represión y sin control¹³, y el correspondiente crecimiento de la oferta y la demanda en el “supermercado religioso”, con su infinita variedad y las ilimitadas posibilidades de combinación de “productos” en un “menú al gusto del consumidor”, se explican también desde la pérdida de seguridad y raíces de la que venimos hablando, y son, en definitiva, expresiones de la necesidad más profundamente sentida hoy, del anhelo más hondo, que se vuelve clamor desgarrador y que porta en sí mismo la fuerza salvadora del Espíritu de Dios que lo suscita, y en el que está en juego el rescate de la humanidad amada por Dios... el anhelo es la vuelta. ¡Volver a Casa! Este es el único norte que liberará a la multitud errante de su humillante deambulancia.

En medio de este panorama – bastante gris, hay que decirlo- es necesario mencionar también la creciente conciencia de que la redención de la globalización viene de Dios a través de los pobres y despreciados de la tierra¹⁴. En este sentido son especialmente significativos los muchos proyectos de economía solidaria e igualmente las búsquedas alternativas en lo político, cuyo objetivo primario no son las ganancias en términos monetarios, sino, fundamentalmente, “mejorar las condiciones de vida de la comunidad y dignificar la existencia”; se busca recuperar la dignidad, hacerse sujetos. Esta es la orientación clave y el sentido profundo y alternativo de lo que en América Latina se llama hoy economía solidaria, frente a los efectos de la globalización económica neo-liberal¹⁵.

La pregonada “aldea global” es un hecho innegable, pero innegable es también que, finalmente, no es casa para nadie. En ella la figura del hombre no es central, al contrario, se difumina siempre más. De ahí el anhelo fundamental de “volver a casa” y los esfuerzos significativos que, sobre todo entre los pobres, los excluidos, las víctimas en suma, se hacen por “volver-a-sentirse-en-casa”, porque es un derecho inalienable echar raíces en el propio suelo, habitar la propia casa, como condición primera e irremplazable para la tan anhelada fraternidad universal.

La llamada del Espíritu

¹² González F, José I. “La utopía de la familia humana: la universalización de lo verdaderamente humano como globalización real”, Concilium 293(Nov 2001): pp 796-797

¹³ Lucchetti B, Maria Clara. “América Latina en el cambio de milenio: entre el inmediatismo y la santidad”, Concilium 282(Sept 1999): pp 581ss

¹⁴ Sobrino J y F. Wilfred, Op.cit., p 686

¹⁵ Gutiérrez, Germán. “Economía, ética y alternativas en América Latina”. Concilium 293(Nov 2001): 763-769

Al comenzar el nuevo milenio la Iglesia ha escuchado la llamada urgente del Espíritu a re-asumir su identidad más profunda, que la define como Pueblo de Dios. El Papa Juan Pablo II así lo ha expresado con vigor:

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: este es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” ¹⁶.

En los primeros párrafos de la Carta Apostólica el Papa hace eco a la invitación del Señor a “remar mar adentro”, “Duc in altum!”. ¿Hacia dónde? Es bien claro: “mar adentro”, hacia la profundidad, a la asunción de la identidad más genuina de La Iglesia: Comunión en la Trinidad de Dios. Por eso Juan Pablo II insiste que la perspectiva en la que ha de situarse el camino pastoral de la Iglesia es el de la santidad¹⁷, y esto significa el redescubrimiento de la Iglesia como “misterio”, como pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo que, en la línea del Concilio Vaticano II, es toma de conciencia del sentido fundamental de la santidad como **pertenencia** a Aquel que es El Santo por excelencia, el tres veces Santo¹⁸. Por eso, sigue el Papa, “poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación del su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”¹⁹.

Los hombres de nuestro tiempo quieren “ver a Jesús”, y piden a los creyentes no tanto hablar de Él cuanto mostrarlo, hacerlo ver. La Iglesia es sacramento de Cristo, y solo si somos los cristianos los primeros contempladores del rostro del Señor, Él resplandecerá en ella²⁰. La certeza de la presencia del Resucitado anima el peregrinar histórico de la Iglesia²¹, que el Papa define como “caminar desde Cristo” en la tercera parte de la Carta²², y que apunta al testimonio fundamental que han de dar los cristianos en el mundo, pues son, en efecto, “testigos del amor”²³. En la última parte de la Carta Juan Pablo II enfatiza la comunión como manifestación de la esencia misma del misterio de la Iglesia, y señala con claridad las líneas de una auténtica espiritualidad de comunión que abre a la Iglesia al reconocimiento agradecido de la variedad de dones del Espíritu, al camino esperanzado del ecumenismo, y a comprometerse desde el primado de la caridad a favor del respeto y la defensa de la vida en todas sus manifestaciones, con atención privilegiada a los pobres y excluidos.

¹⁶ NMI,43

¹⁷ NMI,30

¹⁸ Ibid.

¹⁹ NMI,31

²⁰ NMI,16

²¹ NMI,29

²² NMI,29-41

²³ NMI,42-57

Que la Iglesia sea casa y escuela de la comunión es, pues, el gran reto, para que sea testimonio del amor de Dios, para que sea fiel al designio de Dios y a los profundos anhelos del hombre.

“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!” (1Jn 3,1)

“Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo para ser sus hijos...” (Ef 1,4-5)

“Ya nos somos extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios” (Ef 2,19)

“Que todos sean uno, como Tú Padre en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21)

Designio de Dios y profundas esperanzas del mundo coinciden en una única realidad: la comunión.

No es casual que en esta parte, “testigos del amor”, y más específicamente, cuando desarrolla el punto “espiritualidad de la comunión”, hablando de los “espacios de comunión que han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles en el entramado de cada Iglesia”, la Carta Apostólica cita la Regla de S. Benito:

“Es significativo lo que S. Benito recuerda al Abad del monasterio, cuando lo invita a consultar también a los más jóvenes: Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor”²⁴.

¿Qué decir de estas líneas de nuestra Regla justamente en este contexto? No es una cita de “relleno”; al contrario, diría que es altamente inspirada y providencial.

La comunión es obra del Espíritu del Señor. La Iglesia puede ser casa y escuela porque es familia de Dios, porque es Cuerpo de Cristo, porque el Espíritu Santo habita en ella. Y decir esto, que nos es tan “sabido”, es afirmar que cada hijo de Dios es morada del Espíritu, presencia sacramental del Resucitado. En esta verdad fundamental de fe se asienta la comunión como posibilidad histórica y realidad escatológica. Lo que quiere decir, entonces, que en la Iglesia cada hijo de Dios ocupa un lugar único en el que es insustituible, que a través de cada hermano el Espíritu del Señor pronuncia una palabra irrepetible y despliega una acción original e irremplazable para la vida y edificación de la Iglesia. Es claro, pues, que en ella ningún hijo de Dios es prescindible o desechable. Es esto lo que el Papa afirma echando mano

²⁴ NMI,45. RB 3,3

de lo que él mismo llama “antigua sabiduría”, al citar precisamente estas líneas de S. Benito: “Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor”. El Señor habla a través de todos sus hijos, y la historia de la salvación nos muestra que su palabra resuena con especial intensidad en la voz de los débiles, los pobres. La cita de S. Paulino de Nola a continuación, tesoro también de la “antigua sabiduría”, va en esta misma línea: “Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios”²⁵.

El Papa afirma igualmente que esta espiritualidad de Comunión es saber “dar espacio” al hermano”²⁶, pues cada uno es piedra única e irremplazable en la construcción del templo espiritual.

Quiero subrayar que nos estamos moviendo en terreno teológico; el reconocimiento agradecido del hermano, de su lugar en la asamblea creyente; la acogida de la palabra que a través de él El Espíritu del Señor dirige a la Iglesia, en suma toda esta espiritualidad de comunión, no responde a motivaciones filantrópicas, lo repito: la razón es que cada hermano es presencia sacramental de Cristo Resucitado, morada del Espíritu; cada hermano es hijo amado, con predilección y ternura, por el Padre Dios.

El alcance de esta llamada del Espíritu, para que la Iglesia sea de verdad casa y escuela de comunión, es amplio y profundo. De su respuesta pronta y fiel depende que ella sea instrumento eficaz en manos de Dios para la realización de su designio salvífico con todos los hombres que anhelan “volver a casa”.

Es necesario decir también que hay en la Carta Apostólica una nota importante que cualifica con tono peculiar esta experiencia de comunión. Cito textualmente al Papa: “Ateniéndonos a la indiscutible palabra de Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial suya(del Hijo de Dios) que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos”²⁷. “Por eso, continua el Papa, tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como *en su casa*”²⁸

Si la obra es del Espíritu del Señor, la llamada que deja resonar el Papa no es otra cosa que invitación a “volver a casa”, a entrar sin resistencias en esa experiencia de comunión que construye el Espíritu entre nosotros y a partir de cada uno de los hijos de Dios.

El horizonte que se abre ante los hombres desde esta llamada a la comunión es algo muy distinto a la exclusión que, si no desde el ideal pregonado, sí, de hecho, está generando el proceso de globalización. Y,

²⁵ NMI,45

²⁶ NMI,43

²⁷ NMI,49

²⁸ NMI,50

si bien es cierto que no podemos meter la cabeza en la arena y negar la realidad, también lo es que no podemos amoldarnos a la mentalidad de este mundo. Nuestra confrontación con este fenómeno, innegable, de la globalización tiene que ser profética y radicalmente crítica. Sin desconocer el valor que muchas de sus propuestas pueden tener para la unidad planetaria, la exclusión que genera y la ambigüedad que le es inherente, tienen que ser desveladas y enfrentadas. ¿Cómo seguir, entonces, “engolosinados” incluso en el nivel del lenguaje? Nosotros no tenemos que “globalizar” nada, ni la solidaridad, con perdón del Papa. No, nosotros tenemos que vivir la comunión, tenemos que “comulgar”!

Los modelos de uniformidad que genera la globalización se construyen sobre las ruinas de las identidades particulares que son aplastadas, y excluyen, como ya se ha dicho, a las crecientes mayorías empobrecidas. La globalización uniforme, agiliza la información, acerca sin unir (a los privilegiados, por supuesto), crea, cierto, una “conciencia de universalidad”... pero no puede ir más allá en logros verdaderamente humanizadores, porque el centro de sus intereses, movimiento y proceso, no es el mismo hombre; aunque se pregone lo contrario, los resultados muestran ciertamente que no lo es.

La globalización no genera comunión; la comunión solo es obra de Dios; desde el interior de cada hombre el Espíritu del Señor, que habita en todos y cada uno de los hijos de Dios, une en la caridad; la comunión es tejida por el mismo Espíritu de Dios con los lazos del amor que Él ha derramado generosamente en el corazón de todos los hombres. La comunión en Dios reclama como indispensable la irremplazable identidad de cada uno de sus hijos; de la conciencia que se tenga de ello y del reconocimiento de la común filiación con respecto al Padre Dios, depende la concreción histórica de la comunión abierta a la universalidad y a la eternidad. Por eso la comunión no es uniforme ni excluyente, al contrario, es encuentro gozoso de la diversidad.

En la reunión de obispos de América y Europa, entre el 13 y 14 de mayo del 2002, todos ellos clamaron por una “solidaridad global”; de acuerdo, se entiende el llamado; pero, insisto, no nos enredemos en el juego! El Cardenal Rodríguez Madariaga decía enfático: “globalización y miseria se contradicen, globalización y exclusión se contradicen, globalización y discriminación social se contradicen”²⁹. No, no se contradicen! Los hechos muestran, que la globalización implica exclusión, miseria y discriminación social, y que se logra, precisamente, a base de ello.

Que la Iglesia responda a su identidad más profunda es el gran desafío que tiene ahora y siempre: que sea casa y escuela de la comunión. Y esto no es negociable! La globalización no es comunión, y reducir a proyectos globalizadores la vida de comunión es traicionar el proyecto de Dios.

Una clave de lectura

Los Monjes y Monjas de América Latina buscamos, pues, en la Regla de San Benito, y en todo lo que constituye nuestra tradición espiritual, la ayuda para “tomar por guía el Evangelio y seguir los caminos del Señor”, pero no de manera neutra; lo hacemos sintiendo ese clamor desgarrador de los hombres de nuestro tiempo y sintiendo también la llamada acuciante del Espíritu, que urge desde la misma realidad sufriente de nuestros hermanos. Y no digo “sabiendo” de una realidad, digo “sintiendo un clamor y una llamada”. Por eso optamos desde el comienzo por centrar la atención en la realidad desde la cual hacemos nuestra relectura, y en la que tenemos que vivir nuestra vocación específica

²⁹ Fernández, Javier. “Obispos de Europa y América piden una solidaridad global”. Vida Nueva 2329(Mayo 18 /2002): p 12

La urgencia de “volver a casa” y la llamada a la Iglesia para que sea de verdad “casa y escuela de comunión”, se imponen pues como “clave de lectura” ineludible de nuestra herencia espiritual, para que los monjes y monjas, desde el don peculiar recibido del Espíritu, seamos fieles al designio de Dios y respondamos a las profundas esperanzas del mundo. La clave es la comunión.

Hemos dicho que la lectura, profundización y actualización de la Santa Regla y en general de todo nuestro patrimonio espiritual, es actividad permanente en nuestros monasterios, incluida, gracias a Dios, en el ritmo cotidiano. Cabe mencionar también los encuentros locales, de área, y este mismo espacio del EMLA como momentos en los cuales buscamos crecer en la fidelidad a la propia vocación, atentos a los signos de los tiempos. Todo esto habla de la actitud de escucha a la voz del Señor que dinamiza nuestra vida; es la invitación que resuena desde el comienzo de la Regla: “Escucha hijo”, para mantenernos abiertos a la novedad del Espíritu: “abiertos nuestros ojos a la luz deífica, escuchemos atónitos lo que a diario nos amonesta la voz divina”. La vuelta a la fuente inspiradora de nuestro carisma monástico, tarea permanente, tiene que hacerse, hoy, sintiendo el clamor y la llamada de los que venimos hablando; es angulación ineludible.

Aunque, como se ha dicho antes, lo anterior es trabajo continuo en nuestros monasterios, y precisamente en estos días pondremos en común algo de ello, comparto algunos elementos de reflexión que me sugiere el encuentro con la Regla de S. Benito desde la situación anotada:

Es el mismo Espíritu del Señor el que a través de la Iglesia nos llama a redescubrir agradecidos la “antigua sabiduría”, y siempre nueva, que constituye nuestra herencia espiritual. En el seno de la Iglesia,

los monasterios están llamados también a ser casa y escuela de comunión. “Escuela del servicio divino” y “casa de Dios”, son expresiones claves que definen el cenobio benedictino.

Casa de Dios en la que todos somos acogidos y atendidos en nuestra unicidad incomparable; escuela en la que se aprende a aceptar con paz las diferencias, y a recibir agradecidos la diversidad como riqueza y don del Espíritu; casa de Dios donde el débil no es excluido, al contrario, donde el niño, el anciano, el enfermo, el pobre, el peregrino, el pecador, “el hermano culpable”, son objeto de especial solicitud de caridad.

Convocados por El Señor para habitar su casa en la paz y la alegría, los hermanos somos, unos para otros, don de Dios. La estabilidad en la familia monástica, vivida en la obediencia mutua y la humildad, esto es, desde la propia verdad asumida ante El Padre, es garantía divina de fecundidad y plenitud. El propio terruño, el paisaje familiar, los muros recientes o centenarios, las costumbres de cada cenobio, son asideros, soportes que sostienen para poder echar raíces y permanecer en El Señor y fieles a la alianza con la comunidad.

De cara al cuadro de humanidad descrito atrás, con sus tonos dominantes de extranjería, deambulancia y desarraigo, nosotros, monjes y monjas, somos privilegiados. Es cierto que no vivimos dándole la espalda al sufrimiento de nuestros hermanos (se espera!), y que nos tocan directamente las situaciones a las que antes nos hemos referido; pero también es cierto que contamos con seguridades con las que no cuentan las mayorías empobrecidas. Es aquí precisamente donde resuenan con especial intensidad el clamor desgarrador de los hombres de hoy y la llamada del Espíritu; y el reto es bien claro: O aceptamos nuestra situación privilegiada como don y la vivimos como disponibilidad de acogida gratuita e incondicional, para que todos los hombres, toda la “multitud errante”, los pobres y excluidos, se sientan recibidos en

casa como hermanos, o, de lo contrario, desvirtuando el don, esa situación de privilegio se convierte en un escándalo y una bofetada a los hijos amados de Dios.

Siempre será necesario estar preguntándonos por la calidad de nuestra acogida. La hospitalidad es uno de los elementos de nuestra vida que cobra especial brillo cuando leemos la Regla, y toda nuestra tradición espiritual, desde la situación anotada atrás. ¿ la vivimos realmente como elemento esencial de nuestra vocación, con la gratitud de quienes se saben visitados por El Señor? “Hemos recibido, Señor, tu misericordia en medio de tu templo” (RB 53,14), o más bien la “sufrimos” como carga inevitable que incomoda? Aquí es clave tener en cuenta la conciencia clara que tiene S. Benito de la especial solicitud con la que han de ser acogidos los pobres y peregrinos, y cabe recordar el imperativo eclesial de la opción preferencial por el pobre, que se impone desde el Evangelio mismo, y que ha enfatizado con vigor el Papa Juan Pablo, como ya lo vimos atrás. Esta opción preferencial es cierta entre nosotros? Y, más aún, la llamada a una vida pobre y austera como condición de credibilidad en el anuncio del evangelio, que el Magisterio Episcopal Latinoamericano ha subrayado con énfasis, encuentra eco entre nosotros?³⁰

Ahora bien, solo puede salir al encuentro y vivir el gozo de la acogida quien habita su casa. “Volver a casa” es el programa que se nos ofrece desde las primeras líneas de la Regla. Volver a Dios por el camino de la obediencia. En la docilidad al Espíritu, tomando por guía el Evangelio, seguir los caminos del Señor hacia la madurez de la filiación, hacia la configuración con Cristo. “Duc in altum” es la invitación. Remar adentro, “volver a la amada soledad y habitar consigo mismo bajo la mirada de Dios”³¹, para poder habitar la casa de Dios como hijo y como hermano.

³⁰ Cfr. Documento de Puebla 1157-158

³¹ II Dial 3

En la “Casa de Dios” y “Escuela del servicio divino” que es el monasterio, toda la observancia que se desprende de la Regla bajo la cual hemos hecho profesión de vida monástica, apunta hacia la comunión, a la acogida agradecida de nuestra identidad de hijos amados por el Padre, al encuentro con Quien nos habita y desde lo profundo de cada uno de sus hijos construye la fraternidad. Cabe preguntarse, pues, si en nuestra relectura y vivencia de la Regla aparece siempre claro este horizonte de la comunión que legitima y da sentido a nuestro ritmo cotidiano de vida con todas sus observancias.

Aún más, vale que nos preguntemos por el aprovechamiento de los medios que en la comunidad monástica nos ofrece El Señor para esta vuelta a la comunión. ¿Buscamos a Dios **de verdad**?, esto es, con la intensidad del amor, que nos lleva a “correr”, a “apresurarnos”, como dice con insistencia S. Benito en la Regla? ¿Nos sentimos realmente urgidos por “volver”? O, deambulamos irresponsablemente, asegurados en la comodidad de nuestra observancia? El desarraigo, la extranjería y el vagar sin rumbo, **sufridos** por nuestros hermanos más pobres, necesariamente tienen que cuestionar la autenticidad de nuestro ritmo de vida y la manera como vivimos la situación privilegiada que hemos constatado atrás.

Nuestra organización y todo lo que cobija lo que solemos llamar “observancia”, puede ser un arma de doble filo. En general en nuestros monasterios todo funciona con la precisión de un reloj; los toques de campana van marcando los cambios de actividad a lo largo de la jornada; el horario que tenemos en cada casa, probado por años, asegura el buen funcionamiento y da garantía de eficacia en nuestras empresas, lo mismo que la distribución de tareas y responsabilidades. Nadie duda del valor del orden, de “hacerlo todo a horas convenientes”. “Paz y orden” es lo que con facilidad puede constatarse y lo que impresiona positivamente a los de fuera. Incluso de muchos sectores de la sociedad se manifiesta interés en conocer más a fondo nuestro “marco operativo”; admirados por la permanencia secular de este ritmo de vida y por los logros culturales, económicos, sociales etc., empresarios, humanistas, estudiosos, artistas, se acercan al mundo monástico y buscan, muy a menudo, respuesta a dificultades en sus propios campos,

dificultades de orden funcional, organizativo, de roles y jerarquización. ¿Qué decir de esto? Los monasterios pueden funcionar muy bien, pero igualmente se encuentran muchos sistemas de organización comunitaria y empresarial, proyectos solidarios y cooperativos, todos ellos realmente valiosos y, tal vez, más eficaces. No, no es el sistema, la organización, la jerarquización, el equilibrio de roles, etc., lo que garantiza “la vida y gozar días felices”. Los monasterios pueden funcionar muy bien, y obtener muchos logros, aún sin Dios. ¿Qué trato de decir? Que también nuestros monasterios pueden ser excelentes empresas, eficaces y de calidad indiscutible, pero al precio de la exclusión y el desarraigo; pueden dejar de ser “cenobios”, esto es “casa”, “hogar”, “casa de Dios”. Es ahí donde puede estar el sutil peligro de la observancia, cuando se canoniza en sí misma y no apunta certeramente a la comunión. La observancia no libera de la deambulancia y el desarraigo si ella no es camino al interior, si no conduce a la “amada soledad para habitar consigo mismo bajo la mirada de Dios”.

Nuestros Obispos Latinoamericanos en Puebla, hablando de “La Iglesia signo de comunión”, insisten, desde la pedagogía de la Encarnación, en la necesidad que tienen los hombres de modelos preclaros que los guíen, y citan en nota al pie de página el modelo Benedictino; pero sobre todo afirman sin ambages que la comunión sólo es posible en Dios. Vale la pena citar textualmente:

“Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el continente un ejemplo de modo de convivencia [...] donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre”³².

³² Documento de Puebla 272-273.

El Espíritu nos conduce al encuentro con El Padre por el Hijo, en el interior de nosotros mismos, donde Ellos nos habitan; solamente en la docilidad a su empuje que nos lleva “mar adentro” podremos **habitar** la Casa de Dios como hijos y hermanos, podremos **acoger** en la verdad de la fe, la esperanza y la caridad, y podremos **señalar** a todos nuestros hermanos del mundo, a la sufriente “multitud errante”, **el camino de vuelta a casa**. Esta es nuestra tarea, de ello somos responsables ante Dios. Que la Virgen María acompañe nuestra marcha hacia la comunión en la casa del Padre.

Guillermo L Arboleda T

Abad del Monasterio Santa María de la Epifanía de Guatapé- Colombia